

alabanzas por ser Él en sí mismo una virtud incomprensible que no tiene necesidad de nadie, suficientísimo para Sí.

¡Grande es nuestro Dios y Señor, y su virtud es grande y su sabiduría es infinita! ¡Grande es el Señor Dios nuestro, y en gran manera digno de ser alabado! A este Señor ame nuestra mente, cante nuestra lengua, escriba nuestra mano, y en estas santas ocupaciones se ejercite siempre el alma fiel y piadosa. Con estos suavísimos manjares y celestiales contemplaciones el varón de deseos y perfecto continuamente se sustente, para que, fortalecido con esta divina vianda, clame con gran clamor y con un júbilo amoroso y ardentísimo deseo de todo su corazón, diga:

CAPITULO 28

Oración en que se explican algunas propiedades de Dios.

¡Oh Señor altísimo, bonísimo, omnipotentísimo, misericordiosísimo, sacra-

tísimo, presentísimo, hermosísimo y fortísimo!, estable e incomprensible; que sois invisible y todo lo veis; inmutable y todo lo mudáis; inmortal, sin lugar, sin término, sin límites ni fin alguno; inestimable, inefable, inescudriñable, y sin moveros, todo lo movéis; ininvestigable, inexplicable y digno de ser temido, honrado, venerado y reverenciado; Vos, Señor, nunca sois nuevo ni viejo, y renováis todas las cosas, y las lleváis a su término y vejez.

Siempre obráis, y siempre estáis quedo; recogéis y no tenéis necesidad; lleváis todas las cosas sin peso, todas las henchís sin estar encerrado, y todas las criáis y defendéis, y por sus pasos las llegáis a perfección; buscáis, no teniendo falta de cosa alguna; amáis, y no os congojáis; tenéis celos, y estáis seguro; os arrepentís sin dolor; os enojáis sin turbación; mudáis las obras, mas no el consejo; recibís y halláis lo que nunca perdisteis; no sois pobre, y os holgáis con las ganancias; no sois avaro, y pedís usuras; os ofrecen los

hombres obras de supererogación, para haceros deudor; pero ¿quién tiene cosa que no sea vuestra? Pagáis las deudas sin deber nada, y perdonáis lo que se os debe sin perder nada.

Vos sólo, que criasteis todas las cosas, les dais vida, y estáis en todas ellas y todo en todo lugar. Podéis ser sentido, pero no podéis ser visto; y no estando ausente de cosa alguna, estáis lejos de los pensamientos de los malos, y ni aun estáis ausente de donde estáis lejos; porque donde no estáis presente por gracia, lo estáis para castigo. Tocáis todas las cosas, pero no igualmente; porque unas tocáis para que tengan ser, mas no para que vivan; otras tocáis para que tengan ser y vida, mas no para que sientan ni entiendan; otras tocáis para que vivan y sientan, mas no para que entiendan. Y, finalmente, otras tocáis para que sean vivas y sientan y entiendan. Y siendo Vos siempre el mismo y nunca desemejante a Vos mismo, tratáis las

cosas desemejantes con mucha variedad y desemejanza.

Estando siempre presente en todas las cosas, apenas podéis ser hallado; y estando quedo os seguimos, y no os podemos alcanzar. Todas las cosas tenéis, todas las henchís, todas las abrazáis y las excedéis y sostenéis. No las sustentáis por una parte, y por otra sois sustentado; ni por una parte las henchís y por otra las abrazáis; mas abrazándolas, las henchís, e hinchéndolas, las abrazáis, y sustentándolas, las excedéis, y excediéndolas, las sustentáis. Enseñáis los corazones de vuestros fieles sin ruido de palabras; llegáis de un fin a otro fin con fortaleza, y disponéis todas las cosas con suavidad; no os extendéis con los lugares, ni os variáis con los tiempos; no tenéis crecientes ni menguantes, porque siempre habitáis en una luz inaccesible, la cual ningún hombre vió ni puede ver. Estáis quedo en Vos mismo, y todo lo andáis, y en cualquier parte estáis todo, porque no sois partible ni divisible, por ser

perfectamente uno y no haber partes en Vos. Porque todo lo tenéis, todo lo henchís, todo lo ilustráis y poseéis.

No puede el entendimiento humano comprender la profundidad inmensa de este misterio, ni lengua de ningún orador, por más elocuente que sea, declararle, ni hay palabras, ni libros, ni escrituras que lo puedan explicar. Aunque todo el mundo estuviese lleno de libros, no podría explicar vuestra ciencia, porque es inenarrable; y en ninguna manera se puede escribir ni limitar vuestro ser, porque sois fuente de luz divina, y sol de claridad eterna. Vos sois grande sin cantidad, y por eso sois inmenso; bueno sin calidad, y por eso verdadero y Sumo Bien; y ninguno es bueno sino Vos, cuya voluntad es acción y cuyo querer es poder.

Todas las cosas criasteis de nada, las cuales hicisteis por sola vuestra voluntad. Poseéis a todas vuestras criaturas sin indigencia, las gobernáis sin cansancio, las regís sin pesadumbre, y no hay cosa que estorbe la orden de vues-

tro mandato ni en el cielo ni en la tierra. En todos los lugares estáis sin lugar; todas las cosas abrazáis sin abarcarlas; estáis presente sin ocupar sitio ni tener movimiento; no sois autor del mal, porque con poderlo todo, no sois capaz de poder el mal. Nunca os habéis arrepentido de haber hecho cosa alguna, ni jamás habéis sentido turbación en vuestro pecho, ni aunque se pierda todo el mundo recibís detrimento, ni aprobáis ni mandáis maldad alguna ni pecado.

Nunca mentís, porque sois Verdad eterna. Por vuestra bondad nos hicisteis, por vuestra justicia nos castigáis y por vuestra clemencia nos libráis. Ninguna cosa en el cielo, ni compuesta de fuego, ni de tierra, ni de otro elemento, ni que se pueda percibir con el sentido del cuerpo, ha de ser reverenciada ni tenida por Vos, que verdaderamente sois el que sois y no os mudáis.

Estas cosas y otras muchas me ha enseñado la santa Madre Iglesia, cuyo

miembro soy por vuestra gracia. Hame enseñado que Vos, sólo, uno y verdadero Dios, no sois corporal ni pasible, y que en vuestra substancia y naturaleza sois inviolable e inconmutable, y que no sois compuesto ni hecho, ni podéis ser sentido con los sentidos corporales, y que ninguno de los mortales jamás os ha podido ver vuestra propia Esencia. Esperamos que, como los Angeles os ven ahora, nosotros os veremos después de esta vida. Mas tampoco los mismos Angeles os pueden ver totalmente como sois, porque a ninguna criatura se concede que os comprenda perfectamente. Vos solo, Señor, sois el que os comprendéis, y entendéis totalmente el profundísimo abismo de vuestras perfecciones y grandezas.

CAPITULO 29

*De la unidad de Dios en la esencia,
y de la Trinidad en las personas.*

Vos sois, Señor, Dios simplicísimo, uno en la substancia y trino en las personas. Sois un Dios que no tiene número, porque sois innumerable; ni medida, porque sois inmenso; ni peso, porque sois infinito e incomprensible. No conocemos origen ni principio en la suma Bondad, que sois Vos mismo, de la cual y por la cual y en la cual son todas las cosas, y por la cual decimos que todas las cosas son buenas. Porque vuestra divina esencia siempre careció y carece de materia, mas no carece de forma, pero de una forma que da forma, y es forma de todas las formas, y forma hermosísima. La cual, cuando Vos la imprimís como sello en las cosas, las distinguís y hacéis que sean diferentes de Vos, aunque sin mudanza ni

aumento ni mengua vuestra. Todo lo que hay criado en la naturaleza es criatura vuestra.

¡Oh Trinidad una, y trina Unidad! Vos sois Dios, cuya omnipotencia posee, rige y llena todas las cosas que crió; y no decimos que llenáis todas las cosas de manera que estéis en ellas como cosa contenida y encerrada, sino como quien las contiene y abraza. Y no las llenáis por partes, ni se ha de pensar que cada una de las criaturas, según su capacidad, tenga parte de Vos; la mayor, mayor parte, y menor, la menor. Porque todo Vos estáis en todas las cosas, y ellas en Vos; vuestra omnipotencia tiene todas las cosas debajo de su mano; así que ninguna puede huir ni escapar de ella; y el que no os tiene propicio no se podrá librar de Vos cuando os tuviere enojado, *ni en Oriente ni en Poniente*, como dice David, *ni al desierto ni a los montes*, porque Vos sois el juez de todos. Y así dijo en otro lugar el mismo Profeta: *¿Adónde iré, Señor, que no me halle*

vuestro Espíritu? ¿Y adónde huiré de vuestra cara?

La inmensidad de vuestra divina grandeza es tal, que estáis dentro de todas las cosas, mas no encerrado; y fuera de todas, mas no excluído. Estáis dentro para dar vida a todas, y estáis fuera para abarcarlas con la inmensidad de vuestra divina e infinita grandeza. Y así, estando Vos interiormente en ellas, mostráis que sois su Criador; y estando defuera, abrazándolas, que sois el gobernador de todas. Estáis dentro para que todas las cosas que criasteis no estén sin Vos; y estáis fuera, para que estén debajo de vuestra mano, y como debajo de vuestra llave encerradas, no con grandeza de lugar, sino con la presencia de vuestra omnipotencia. Porque estáis siempre presente en todo lugar, y todas las cosas os están presentes, aunque algunos entienden esto y otros no lo entienden.

Siendo, pues, inseparable la unidad de vuestra naturaleza, no puede tener personas en la substancia separables;

porque así como sois Trinidad en unidad, y unidad en Trinidad, así las personas divinas no pueden estar apartadas. Bien sabemos que algunas veces cada una de las personas divinas se nombra por sí, pero de tal manera, ¡oh divina Trinidad!, os habéis querido mostrar inseparable en las personas, que ningún nombre de cualquiera de las tres personas divinas se deje de referir a la otra, según la regla de la relación: como el Padre se refiere al Hijo, y el Hijo al Padre, y el Espíritu Santo se refiere al Padre y al Hijo. Mas aquellos nombres que significan vuestra substancia, o potencia, o esencia, o cualquiera otra cosa que propiamente se atribuye a Dios, eso se atribuye a todas las personas igualmente, como cuando decimos: Dios grande, todopoderoso, eterno, y los demás atributos que naturalmente se dicen de Vos, Dios mío; y así, no hay nombre alguno de la naturaleza divina que de tal manera se atribuya a Vos, Dios Padre, que no se pueda atribuir al Hijo y al Espíritu Santo. Y así de-

timos que Vos, Dios Padre, naturalmente sois Dios; pero también decimos que naturalmente el Hijo es Dios, y naturalmente el Espíritu Santo es Dios; mas no tres dioses, sino naturalmente un Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

Y por esto Vos, santa Trinidad, sois un Dios inseparable en tres personas, aunque en la voz tengáis nombres distintos; porque en los nombres de la naturaleza no hay distinción ni número plural. Con esto se manifiesta que en la santa Trinidad, que es un Dios verdadero, no se pueden dividir las personas; porque el nombre de cualquiera persona siempre mira y tiene relación a otra persona: si digo Padre, declaro Hijo; si nombre al Hijo, manifiesto el Padre; si llamo al Espíritu Santo, necesariamente se ha de entender que es Espíritu de alguno, es a saber, del Padre y del Hijo. Esta es la fe verdadera y la sana doctrina; ésta es la fe católica y ortodoxa, que el Señor por su gracia me ha enseñado en el seno de la Iglesia nuestra Madre.

CAPITULO 30

Oración a la Santísima Trinidad.

Os invoco, Señor, con aquella fe que por vuestra bondad para mi salvación me habéis dado; porque el alma fiel con la fe vive y con la esperanza posee ahora lo que después verá en Vos. Mi conciencia casta, Dios mío, os llama, y el amor de mi fe; la cual Vos, desterradas las tinieblas de mi ignorancia, habéis traído al conocimiento de vuestra verdad, y librádola de la loca amargura de este siglo, y con la caridad de vuestra dulcedumbre me la habéis hecho suave y más dulce que la miel. ¡Oh bienaventurada Trinidad!, os invoca la voz clara y el amor sincero de mi fe; la cual desde su principio habéis criado y llevado adelante con la lumbre de vuestra gracia, y con la doctrina de la santa Iglesia nuestra Madre habéis acrecentado y confirmado en

mí. Yo os invoco, bienaventurada y bendita y gloriosa Trinidad, Padre, e Hijo y Espíritu Santo, Dios, Señor, consolador; caridad, gracia, comunicación; engendrador, engendrado y reengendrador; verdadera lumbre de verdadera lumbre y verdadera iluminación, fuente, río, riego. De uno todas las cosas, por uno todas las cosas, en uno todas las cosas, del cual, y por el cual y en el cual todas las cosas viven; Vida viviente, vida del que vive, y vivificador de todos los que viven. Uno de sí mismo, uno engendrado de otro, y otro que procede de entrambos. Verdad es el Padre, verdad es el Hijo, verdad es el Espíritu Santo; una esencia es el Padre, y el Verbo, y el Espíritu Santo; una virtud, una bondad, una bienaventuranza, del cual, por el cual y en el cual son bienaventuradas todas las cosas que lo son.

CAPITULO 31

Que Dios es verdadera y felicísima vida.

¡Oh Dios!, que sois verdadera y suma vida, del cual, por el cual y en el cual viven todas las cosas que tienen verdadera y bienaventurada vida; Vos sois bueno y hermoso, del cual, por el cual y en el cual todas las cosas que son buenas y hermosas lo son; vuestra fe nos despierta, vuestra esperanza nos levanta, vuestra caridad nos junta con Vos. Vos mandáis que os pidamos, y hacéis que os hallemos, y nos abris cuando llamamos. Cuando nos apartamos de Vos caemos; cuando volvemos a Vos nos levantamos; cuando permanecemos en Vos estamos en pie. Vos sois aquel Dios que ninguno le pierde, sino engañado; ninguno le busca, sino prevenido con vuestra gracia; ninguno le halla, sino purificado. Conocer a Vos es vivir; serviros es reinar; alabaros es salud y

gozo del alma. Con mi lengua y con mi corazón y con todas mis fuerzas os alabo, bendigo y adoro, y doy gracias a vuestra clementísima bondad por todas las mercedes que de vuestra mano he recibido, y canto con grande afecto el himno de vuestra gloria, y digo: Santo, santo, santo.

Venid a mí, ¡oh bienaventurada Trinidad!, y hacedme templo digno de vuestra gloria. Postrado delante de vuestro acatamiento ruego al Padre por el Hijo, y al Hijo por el Padre, y al Espíritu Santo por el Padre y por el Hijo, que arranquéis de mí todos los vicios, y plantéis en mí todas las santas virtudes.

¡Oh Dios inmenso!, del cual, por el cual y en el cual todas las cosas visibles e invisibles tienen ser. Dios, que todas vuestras obras, de fuera las abrazaís, y de dentro las llenáis; y encima las cubrís, y debajo las sostenéis; guardadme, Señor, pues soy obra de vuestras manos, y confío en vuestra sola misericordia. Guardadme, yo os suplico, aquí.

y en todo lugar, ahora y siempre, dentro y fuera, delante y atrás, arriba y abajo, y todo alrededor, para que, cercado y guardado de Vos, no halle entrada en mí el enemigo.

Vos, Señor Dios Todopoderoso, sois guarda y protector de todos los que esperan en Vos, sin el cual ninguno está seguro, ninguno libre de peligro. Vos sois Dios, y no hay otro Dios sino Vos ni en el cielo ni en la tierra. Vos obráis cosas grandes y maravillosas, incomprendibles e infinitas. A Vos se debe la alabanza, a Vos la honra, a Vos la gloria. A Vos todos los Angeles, todos los cielos y todas las potestades cantan himnos y loores sin cesar, como criaturas a su Criador, como siervos a su Señor, como soldados a su Rey; y derribada delante de Vos, toda criatura os ensalza y magnifica, ¡oh santa e individual Trinidad!

CAPITULO 32

La alabanza con que alaban a Dios los Angeles y los hombres.

Todos los santos y humildes de corazón; todos los espíritus y almas de los justos; todos aquellos soberanos ciudadanos del cielo y todos aquellos innumerables ejércitos de los bienaventurados, postrados delante de Vos, Señor, os adoran, y para siempre jamás os cantan alabanzas de honra y gloria, y magnifican y ensalzan vuestra grandeza.

También el hombre, que es gran parte de vuestras criaturas os alaba; y yo, hombrecillo pecador, con grande afecto deseo loaros, y amaros con un amor muy particular. Dios mío, vida mía, fortaleza mía, hacedme digno de que yo os alabe. Dadme lumbre en el corazón y palabras en la boca, para que mi corazón medite vuestra gloria, y mi lengua continuamente cante vuestras alabanzas.

Pero porque la alabanza en la boca del pecador no os agrada, y yo tengo los labios inmundos, limpiad Vos, yo os suplico, mi corazón, purificadle de toda fealdad, y santificadle interior y exteriormente, pues sois santificador todopoderoso, y hacedme digno de alabaros. Aceptad, por vuestra benignidad, de mi mano, de mi corazón y del más íntimo afecto de mi alma este sacrificio de mis labios, para que sea digno delante de vuestro acatamiento, y suba a Vos en olor de suavidad. Vuestra memoria santa y vuestra bienaventurada dulcedumbre posea toda mi alma, y la arrebate y traspase; suba de las cosas visibles a las invisibles, de las terrenales a las celestiales, de las temporales a las eternas, y vea aquella maravillosa visión.

¡Oh Verdad eterna y verdadera caridad, y cara y preciosa eternidad! Vos sois mi Dios, a Vos suspiro de noche y de día, a Vos anhelo, a Vos corro, a Vos deseo llegar; porque el que os conoce, conoce la verdad y conoce la eternidad. Vos sois la Verdad, que estáis

sobre todas las cosas, a Vos veremos como sois, cuando hubiere pasado esta vida ciega y mortal, en la cual nos están diciendo: *¿Adónde está tu Dios?* Y yo digo: Dios mío, ¿dónde estáis? Algunas veces respira un poco mi alma cuando se arroja y reposa en Vos, con voz de alabanza y de algería; pero luego se torna a entristecer, porque desfallece y cae en un abismo; o, por mejor decir, ella misma siente que todavía es un abismo.

La fe, Señor, que Vos habéis encendido en esta noche delante mis pies dice a mi alma: *¿Por qué estás triste, alma mía?, ¿y por qué andas afligida? Ten esperanza en Dios, porque su palabra es luz para tus pies; confía y persevera hasta que pase la noche, que es madre de los malos; hasta que pase la ira del Señor, cuyos hijos en un tiempo fuimos, porque fuimos en un tiempo tinieblas; hasta que pase este ímpetu y avenida de las aguas, que todavía nos arrebatara mientras que estamos en este cuerpo, que es muerto por el pecado;*

hasta que venga el día y desaparezcan las sombras.

Espera en el Señor, y por la mañana asiste a su templo, y contempla y alaba siempre su magnificencia. *Por la mañana asistiré y veré a mi Dios*, que es mi Salvador y la alegría de mi rostro, el cual vivificará estos nuestros cuerpos mortales por virtud del Espíritu Santo que habita en nosotros, para que seamos ya luz e hijos de luz, hijos del día y no de la noche ni de las tinieblas; porque nosotros en un tiempo fuimos tinieblas, mas ahora somos luz en Vos, Señor Dios nuestro, pero luz por la fe y no por clara visión.

Todas aquellas jerarquías inmortales de vuestros Angeles os alaban, Señor, y todas las celestiales Virtudes glorifican vuestro santo nombre; las cuales, para conoceros, no tienen necesidad de leer esta nuestra escritura, porque siempre están contemplando vuestra faz, y sin sílabas ni palabras temporales leen lo que quiere vuestra voluntad eterna; léenlo, escógenlo y ámanlo y siempre lo

leen, y nunca se pasa lo que leen; queriendo y amándote leen la inmutabilidad de vuestro consejo, y este libro que tienen delante no se cierra ni se pliega; porque Vos sois un libro y lo seréis en los siglos de los siglos. ¡Oh dichosas y muy bienaventuradas aquellas Virtudes del cielo que tan santa y puramente os pueden alabar con inenarrable dulzura e inefable alegría, por donde se gozan y os alaban, porque siempre ven lo que les da materia de gozo y de alabanza!

Mas nosotros, que con la carga pesada de nuestra carne estamos oprimidos en esta peregrinación, y lejos de vuestro rostro y derramados en tantas y tan varias cosas de este mundo, no os podemos dignamente alabar, aunque os alabamos por la fe en esta oscuridad, y no por clara visión. Mas aquellos espíritus angélicos os alaban, no por fe, sino por visión clara; porque esta nuestra carne nos estorba, que no os podamos alabar de la manera que ellos os alaban. Mas aunque sean diferentes los modos de alabaros, Vos, Dios mío, sois

uno y el mismo criador de todas las cosas, al cual se ofrece sacrificio de alabanza en el cielo y en la tierra. Mas confiamos que por vuestra misericordia llegaremos algún día a la compañía de los bienaventurados, y que con ellos para siempre os veremos y sin fin os alabaremos.

Dadme gracia, Señor, para que mientras estuviere en este frágil cuerpo mi corazón os alabe, mi lengua os bendiga y todos mis huesos digan: *Señor, ¿quién hay semejante a Vos?* Vos sois Dios todopoderoso, trino en las personas y uno en la substancia, al cual reverenciamos y adoramos, Padre ingénito, Hijo del Padre unigénito, Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, y en ambos permanece, santa e individua Trinidad, un Dios todopoderoso, que cuando no éramos nos criasteis, y siendo por nuestra culpa perdidos, por vuestra piedad y bondad maravillosamente nos recobrasteis. No permitáis, Señor, que seamos ingratos a tantos beneficios, e indignos de tan sobradas misericordias.

Yo os ruego, pido y suplico que acrecentéis en mí la fe, la esperanza y la caridad, y que por vuestra gracia seamos siempre firmes en la fe y eficaces en las obras, para que mediante la fe verdadera y las obras que correspondan a esta fe, por vuestra misericordia podamos llegar a la vida eterna; y viéndooos en ella como sois, adoremos y glorifiquemos vuestra soberana Majestad, y juntos todos a una, con voz de júbilo y alegría, digamos: Gloria sea al Padre que nos crió; gloria al Hijo que nos redimió; gloria al Espíritu Santo que nos santificó; gloria sea a la suma e individua Trinidad, cuyas obras son inseparables y cuyo imperio permanece para siempre. Digno sois, Señor, de loor, digno de alabanza; a Vos se debe toda la honra, toda la bendición y hazimiento de gracias, la virtud y la fortaleza, porque sois Dios nuestro en los siglos de los siglos.

CAPITULO 33

Quéjase el hombre porque no se compunge en la contemplación de Dios, considerando que los Angeles tiemblan en su acatamiento.

Perdonadme, Señor mío; perdonadme, piadoso Dios mío; perdonadme y habed misericordia de mí; perdonad a mi ignorancia y a mi grande imperfección; no me desechéis como a temerario, porque siendo vuestro siervo inútil y malo, me atrevo a alabaros, bendeciros y adoraros sin contrición y lágrimas de mi corazón, y sin la reverencia y temblor que se debe a vuestra soberana Majestad, pues sois Dios todopoderoso y terrible, y mucho para temer. Porque si los Angeles, cuando os adoran y alaban, estando llenos de una admirable alegría, temen y tiemblan, ¿cómo yo, miserable pecador, cuando estoy en vuestra presencia, y os alabo y ofrez-

co sacrificio, cómo no tiemblo, me demudo y enmudezco, y se me espeluznan los cabellos, y con abundancia de lágrimas perpetuamente no lloro delante de Vos? Quiero, mas no puedo, porque no puedo lo que deseo; y por esto en gran manera me maravillo cuando con los ojos de la fe os considero. Pero ¿quién podrá hacer esto sin el favor de vuestra gracia? Porque toda nuestra salud está puesta en vuestra gran misericordia.

¡Oh triste de mí, qué insensible está mi alma, pues no se espanta y asombra cuando está delante de Dios y le canta cantares de alabanza! ¡Miserable de mí!, pues mi corazón está tan empedernido y mis ojos tan secos, que no destilan un río perpetuo de lágrimas cuando como siervo hablo con mi Señor; como hombre, con Dios; como criatura, con su Criador, y como amasado y compuesto de barro, con Aquel que de nada crió todas las cosas. Heme aquí, Señor; yo me pongo delante de Vos, y lo que siento de mí mismo en el secreto de

mi corazón, yo lo confieso en vuestros oídos. Vos sois rico en la misericordia y largo en el galardón; dadme de vuestros bienes, para que con ellos os pueda servir, porque no os podré servir ni agradecer sino con vuestros dones.

Atravesad, yo os suplico, mis carnes con vuestro temor; y de tal manera mi corazón se alegre en Vos, que tema vuestro santo nombre. ¡Oh si os temiese mi alma pecadora de la manera que os temía aquel varón santo cuando dijo: *Siempre temí a Dios como una horrible onda que venía sobre mí!* Dios mío, dadme entre vuestras alabanzas una fuente de lágrimas acompañada con la puridad de corazón y júbilo de mi alma, para que amándoos perfectamente y alabándoos dignamente, sienta y guste, con el paladar de mi corazón, cuán dulce y suave sois, así como está escrito: *Gustad y ved cuán suave es el Señor Bienaventurado el que espera en Él.* Bienaventurado el pueblo que os sabe alabar. Bienaventurado el varón que tiene vuestro

socorro, y en este valle de lágrimas sube por sus gradas a Vos. Bienaventurados los limpios de corazón, por que ellos verán a Dios. Bienaventurados, Señor, los que moran en vuestra casa, porque en los siglos de los siglos os alabarán.

CAPITULO 34

Oración que mueve a devoción y amor de Dios.

¡Oh Jesús!, redención, amor y deseo nuestro, Dios de Dios, dad la mano a este vuestro siervo gusaniento. Yo os invoco y clamo a Vos con un clamor grande y de todo mi corazón, y os suplico que vengáis a mi alma, y entréis en ella, y la ajustéis y unáis tan bien con Vos, que la poseáis sin ruga ni mancha alguna; pues la morada en que ha de habitar un Señor tan limpio como Vos, muy justo es que esté limpia. Vos habéis fabricado este vaso de mi corazón; santificadle, pues; vaciadle de

la maldad que hay en él, y llenadle de vuestra gracia, y conservadle lleno; para que sea templo perpetuo y digno de Vos. ¡Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, potentísimo, deseadísimos, preciosísimo, amabilísimo y hermosísimo Señor! Vos sois más dulce que la miel, más blanco que la leche y que la nieve, más suave que el maná, más precioso que las perlas y el oro, y de mi alma más amado que todos los tesoros y honras de la tierra.

Pero cuando esto digo, Dios mío, esperanza mía, misericordia mía y dulzura bienaventurada y segura mía, ¿qué es lo que digo? Digo, Señor, lo que puedo, mas no digo lo que debo. ¡Oh si yo pudiese decir lo que dicen y cantan aquellos celestiales coros de los Angeles! ¡Oh qué de buena gana me emplearía todo en vuestras alabanzas, y con cuánta devoción, en medio de vuestra Iglesia, cantaríais mi alma vuestras grandezas, y glorificaríais vuestro santo nombre, y perseveraríais en ello sin cesar! Pero porque no puedo de esta manera

loaros, ¿será bien por ventura callar? ¡Ay del que de Vos calla y no os alaba!, pues Vos abris la boca de los mudos, y hacéis elocuentes a los niños que no saben hablar. ¡Ay de los parleros mudos, que callan y no os alaban!

¿Quién es el que dignamente os puede alabar, oh inefable virtud y sabiduría del Padre? No hallo palabras con que os pueda expresar dignamente, porque sois Verbo eterno, poderosísimo y sapientísimo; y así diré ahora lo que puedo, hasta que por vuestra gracia venga a Vos, y esté donde pueda decir lo que debo y conviene a vuestra soberana Majestad. Y así os suplico que no miréis tanto a lo que ahora digo, cuanto a lo que deseo decir, porque mi deseo es grandísimo de hablar de Vos lo que me conviene a mí hablar, y a Vos oír; que sois digno de toda alabanza, honra y gloria. Bien sabéis Vos, Dios mío, a quien todos los corazones son manifiestos, que yo os amo y quiero más que al cielo y a la tierra y todas las cosas que en ella hay; y con razón, pues por vues-

tro amor todas las cosas transitorias se deben menospreciar. Yo os amo, Dios mío, con grande amor, y deseo amaros más. Dadme gracia que siempre os ame cuanto deseo y debo, para que en Vos sólo me desvele y medite; en Vos piense continuamente de día; en Vos sueñe de noche; con Vos hable mi espíritu, y mi alma siempre platique con Vos.

Ilustrad Vos mi corazón con la lumbré de vuestra santa visitación, para que, con vuestra gracia y vuestra dirección, yo camine de virtud en virtud; y finalmente os vea a Vos, Dios de los dioses, en Sión; ahora por espejo y figuras, y después cara cara; donde os conozca como de Vos soy conocido. Yo os suplico, Señor, por todas vuestras misericordias, con las cuales nos librasteis de una muerte eterna, que ablandéis mi corazón, más duro que la piedra y que el hierro y el diamante, y que me abraéis con el fuego de la compunción, de manera que merezca yo ser cada hora vuestra Hostia viva.

Dadme un corazón contrito y humi-

llado, y abundancia de lágrimas para llorar mis pecados. Concededme vuestro fervor, para que yo totalmente muera a este mundo, y herido de vuestro santo temor y amor me olvide de todas sus cosas. No llore yo, ni me goce, ni tema ni ame cosa temporal. No me ablande la prosperidad, ni la adversidad me derribe; y pues vuestro amor es fuerte como la muerte, poseedme Vos, Señor, yo os suplico, y transformad en Vos mi corazón con la fuerza de vuestro encendido y dulcísimo amor, de tal manera que olvidado de todas las cosas que hay debajo del cielo, esté absorto en Vos y abrazado con solo Vos, y se apaciente con sola la memoria de vuestra suavidad.

Descienda, Señor, descienda, bien mío, descienda en mi corazón vuestro olor suavísimo, y entre en él vuestro amor más dulce que la miel; y el sabor de vuestra maravillosa e inenarrable dulzura despierte y avive en el paladar de mi alma nuevos gustos y nuevos sabores, y produzca aquella vena de agua

viva que sube hasta la vida eterna. Vos sois inmenso, Señor, y debéis ser amado y loado sin medida de los que redimisteis con vuestra preciosa sangre.

Benignísimo amador de los hombres, y clementísimo Señor y justísimo Juez, bien veis con vuestro sapientísimo juicio que es cosa absurda e intolerable que los hijos de este siglo y de la noche y tinieblas busquen con más ansia, y amen con mayor afecto estas riquezas perecederas y honras fugitivas, que nosotros vuestros siervos os amamos a Vos, que nos hicisteis y redimisteis. Si un hombre ama a otro hombre con tan grande amor, que apenas se puede apartar de él; si la esposa está unida con tanta vehemencia y amoroso afecto con su esposo, que por la fuerza del amor ninguna cosa le da contento ni reposa cuando le tiene ausente, ¡con qué amor, con qué solicitud, con qué fervor el alma, que es vuestra esposa, os debe amar a Vos, verdadero Dios y hermosísimo Esposo suyo; pues así la habéis amado y salvado, y por ella tantas y tan gran-

des cosas habéis hecho y padecido! Porque aunque estas cosas bajas y temporales se aman y tienen sus deleites, ¿qué tienen que ver todos ellos con el deleite y gusto que Vos dais y con que regaláis al justo? Porque vuestro amor es suave y sosegado, y llena el corazón que posee de dulzura, suavidad y descanso; y al contrario, el amor del siglo y de la carne es congojoso y desasosegado, y no deja reposar las almas que tiene tiranizadas; antes las fatiga con varias sospechas, turbaciones, congojas y temores.

Pero Vos sois el deleite y alegría de los justos, y con razón; porque en Vos hay una vida tranquilísima, y una quietud perpetua e inenarrable. El que entra en Vos, amorosísimo Señor, entra en el gozo de su Dios, y no tiene más que temer, porque está muy bien y en muy buen lugar, y puede decir: *Este es mi reposo en los siglos de los siglos; aquí moraré, porque ésta es la morada que he escogido.* Y aquello otro del salmo: *El Señor me rige, no me faltará*

nada; con pastos saludables me apacienta.

¡Oh dulcísimo Señor, oh buen Jesús!, abrasad mi corazón con el fuego de vuestra caridad, para que, encendido todo, arda yo con tan grandes llamas de este dulce amor, que ningunas aguas las puedan apagar. Dadme gracia, dulcísimo Señor, para que yo os ame, y con el deseo vehementísimo de Vos, me vea libre de la carga incomportable de todos los deseos carnales y terrenales que tiran y apesgan mi alma miserable; y ligero y suelto de mis pasiones, corra tras Vos en el olor de vuestros suavísimos unguentos, hasta llegar a la visión de vuestra hermosura, adonde me haré y recrearé y tendré todo mi bien.

No pueden estar juntos en un pecho dos amores, uno bueno y otro malo, uno dulce y otro amargo. Por tanto, el que ama alguna cosa fuera de Vos, no tiene vuestra caridad, que es un amor dulce y una dulzura amorosa; un amor que no da pena, sino deleite; un amor sincero y casto que permanece para siem-

pre. Vos sois, Señor, este amor que siempre arde y nunca se apaga. Dulce Señor, buen Jesús, caridad y Dios mío, encendedme todo con vuestro fuego, con vuestro amor, con vuestra suavidad y dulzura, con vuestro gozo y alegría, con el deseo de Vos, santo y bueno, casto y limpio, quieto y seguro, para que lleno de la dulzura de este vuestro amor, y abrasado de las llamas de vuestra caridad, os ame, Dios mío, de todo mi corazón y con todas mis entrañas, y os tenga en mi alma y en mi boca y delante de mis ojos siempre, de suerte que ningún amor adulterino halle en mí lugar.

Dios mío, oídme; lumbre de mis ojos, oíd lo que pido, y decidme lo que os debo pedir para que me oigáis. Piadosísimo y misericordiosísimo Señor, no miréis a mis pecados, ni cerréis vuestros oídos, mas por vuestra bondad aceptad los ruegos de este vuestro siervo, y concededme lo que os suplico por la intercesión y ruego de la gloriosa Virgen María, mi

Señora y Madre vuestra preciosísima y de todos los Santos.

CAPITULO 35

Oración devotísima en alabanza de Dios.

Señor mío Jesucristo, Verbo del Padre, que vinisteis a este mundo para salvar a los pecadores: yo os suplico, por aquella vuestra entrañable y dulcísima misericordia, que enmendéis mi vida, reforméis mis obras, compongáis mis costumbres y apartéis de mí todo lo que a mí me daña y a Vos desagrada, y me concedáis lo que a Vos agrada y a mí me aprovecha. ¿Quién puede, Señor, sino Vos, limpiar al inmundo y concebido en pecado? Vos sois Dios todopoderoso y suma bondad, que justificáis a los impíos, vivificáis a los muertos y mudáis a los pecadores para que no lo sean más. Quitad, pues, de mí todo lo que os desplace, porque yo tengo muchas imperfecciones que ven vuestros ojos, y

querría que apartaseis de mí todo lo que en mí os desagrade. Mi salud y mi enfermedad están delante de Vos; yo os suplico que me conservéis la salud y sanéis la enfermedad.

Sanadme, Señor, y seré sano; salvadme, y seré salvo. Porque Vos sois el que dais la salud y la conserváis, y con sólo querer reparáis lo quebrado y levantáis lo caído; y si por vuestra misericordia os dignáis de sembrar vuestra buena semilla en este campo de mi corazón, arrancad primero de él, con la mano de vuestra piedad, las espinas de mis vicios.

Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, hermosísimo Señor, infundid, os ruego, en mis entrañas la abundancia de vuestra dulzura y de vuestra caridad, para que no desee ni piense en cosa terrenal ni carnal, sino que a Vos solo siempre ame, a Vos solo tenga en la boca y en el corazón. Escribid con vuestro dedo en mi pecho la suave memoria de vuestro dulcísimo nombre, de manera que jamás se borre. Escribid en mi corazón

vuestra voluntad y vuestra santa ley, para que Vos estéis siempre presente y delante de mis ojos, que sois Señor de inmensa dulzura. Abrasad mi alma con aquel fuego divino, que Vos vinisteis a encender en la tierra y queréis que arda, para que yo os ofrezca, cada día con abundancia de lágrimas, sacrificio de espíritu atribulado y de corazón verdaderamente contrito.

Dulcísimo Señor mío y Jesús bueno, dadme vuestro amor santo y casto, porque le deseo y os le pido con grande afecto, para que hincha mi alma y la tenga toda y la posea. Concededme la señal clara de vuestro amor, que es una fuente perpetua de lágrimas, para que ellas mismas sean testigos de este amor, y manifiesten y prediquen cuánto os ama mi alma, que se derrite en lágrimas por el exceso y dulzura de vuestro amor.

Acuérdome, Señor mío piadoso, de aquella buena mujer, madre de Samuel, que se postró delante del tabernáculo para suplicaros que le dieseis un hijo;

de la cual dice la Escritura que después de su oración y lágrimas, no se demudó el semblante de su rostro, porque siempre estuvo alegre y serena. Mas acordándome de este ejemplo, me aflijo y me confundo, viéndome tan miserable y tan lejos de lo que debo. Porque si esta mujer así lloró y perseveró en su llanto por el deseo de un hijo, ¿cómo debe llorar mi alma y perseverar en su llanto, pues busca y ama a Dios y desea llegar a Él? ¿Qué gemidos y qué sollozos debe dar aquella alma que de día y de noche busca a Dios, y ninguna otra cosa quiere amar sino a Jesucristo? ¿Cómo sus lágrimas no son su pan y su sustento de día y de noche?

Volved los ojos a mí, Señor, y tened misericordia de mí, porque los dolores de mi corazón se han multiplicado; dadme vuestra consolación celestial, y no menospreciéis esta alma pecadora por la cual moristeis en la cruz. Dadme unas lágrimas interiores y copiosas, y que sean poderosas para romper las cadenas de mis pecados, y para llenar mi alma

de vuestra suavidad celestial. Y ya que no merezca alcanzar la corona de los verdaderos religiosos y perfectos varones, cuyos excelentes ejemplos no puedo imitar, merezca a lo menos alguna partecilla en vuestro reino con las devotas y santas mujeres.

También se me ofrece aquella devoción maravillosa de otra mujer, María, que con piadoso amor os buscaba en el sepulcro, y partiéndose vuestros discípulos de él, ella no se partía, antes estaba sentada allí, triste y dolorosa, derramando continuamente lágrimas; y levantándose una y muchas veces, con los ojos atentos, volvía a mirar dentro del sepulcro por veros a Vos, a quien con tan fervoroso deseo buscaba. Cierto que ya una y muchas veces había entrado en el sepulcro y mirádole y vuelto los ojos por él; mas porque amaba mucho, todo le parecía poco, porque la virtud de la buena obra es la perseverancia. Y porque os amó más que las otras, y amando os lloró, y llorando os buscó, y buscándoos perseveró, mereció ser la pri-

mera que os hallase, que os viese y que os hablase y que fuese apóstol de los apóstoles, y les anunciase la gloria de vuestra resurrección, mandándole Vos que así lo hiciese, y diciéndole amorosamente: *Ve y di a mis hermanos que vayan a Galilea, porque ahí me verán.*

Pues si esta santa mujer, que os buscaba a Vos vivo entre los muertos, así lloró y perseveró en su llanto, ¿cómo debe llorar y perseverar en sus lágrimas mi alma, que busca a Vos su Redentor, y sabe que estáis asentado en el cielo, y cree con el corazón que reináis en todo lugar, y con la boca lo confiesa? ¿Cómo debe gemir y llorar el alma que con todo su corazón os ama, y con todo su deseo os desea ver?

¡Oh refugio y única esperanza de los pecadores, que nunca desecháis los ruegos de la gente miserable! Yo os suplico, por Vos mismo y por vuestro santo nombre, que me deis gracia para que siempre que en Vos pensare, de Vos hablare, de Vos escribiere, de Vos leyere, de Vos platicare, de Vos me acordare, a Vos

asistiere y os ofreciere sacrificio, oraciones y alabanzas, me derrita y deshaga en lágrimas delante de vuestro acatamiento, y mis lágrimas se conviertan en mi pan y sustento de noche y de día.

Vos, Rey de gloria y maestro de todas las virtudes, con vuestras palabras y ejemplos nos enseñasteis a gemir y llorar cuando dijisteis: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*; y cuando llorasteis sobre Lázaro, vuestro amigo difunto, y sobre la ciudad de Jerusalén, que había de ser asolada. Pues yo os suplico, buen Jesús, por estas vuestras preciosas lágrimas, y por todas vuestras misericordias, con que siendo perdidos nos socorristeis, que me deis este don de lágrimas que tanto desea mi alma y apetece, porque sin Vos no le puedo haber, y sin aquel Espíritu Santo vuestro, que es el que ablanda los corazones duros y los, compunge y resuelve en lágrimas.

Concededme este don de lágrimas como le disteis a nuestros padres, cuyos pasos y pisadas debo imitar, para llorar

toda mi vida, como ellos lloraron de día y de noche. Por los merecimientos y oraciones de todos aquellos que os agradaron, y con gran afecto os sirvieron, habed misericordia de mí, miserable e indigno siervo vuestro, y dadme este don. Dadme esta lluvia celestial y este *riego de abajo y riego de arriba*, para que me sustente con mis lágrimas delante de Vos, y abrasado con el fuego de la compunción, sea sacrificado en el altar de mi corazón, y hecho un holocausto muy pingüe y agradable a Vos en olor de suavidad.

Y juntamente, dulcísimo Señor, dadme una fuente de agua viva y clara, en que este mi holocausto se lave, que todavía está inmundo; porque aunque es verdad que yo, por vuestra gracia, he hecho sacrificio de mí y me he ofrecido todo a Vos; pero es tan grande mi flaqueza, que cada día os ofendo muchas veces. Dadme, pues, Vos, ¡oh bendito y amable Señor!, esta gracia de lágrimas, especialmente las que se destilan y de-

rraman por la grande dulzura de vuestro amor.

Aparejad esta mesa a este vuestro siervo, y dadme licencia para que yo me pueda hartar de ella cuando quisiere; y por vuestra bondad y piedad concededme que este vuestro cáliz excelente y divino apague mi sed, y mi espíritu embriagado anhele a Vos, suspire por Vos y arda en vuestro amor, olvidado de la vanidad y miseria de esta vida.

Oídme, Dios mío, oídme, lumbre de mis ojos, oíd lo que os pido, y concededme que os pida lo que habéis de oír. Piadoso y clementísimo Señor, no dejéis de oírme por mis pecados, mas por vuestra bondad aceptad los ruegos de este vuestro siervo, y concededme lo que os pido y deseo por la intercesión y merecimientos de la gloriosa Virgen María, Señora nuestra y de todos los Santos. Amén.

CAPITULO 36

Oración para pedir a Dios compunción.

Señor mío Jesucristo, Jesús piadoso, Jesús bueno, que os dignasteis morir por mis pecados, y resucitasteis por nuestra justificación: yo os suplico por vuestra gloriosa resurrección que resucitéis mi alma de la sepultura de todos mis vicios y pecados, para que yo merezca tener parte en vuestra gloriosa resurrección.

Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, preciosísimo, deseadísimos, amabilísimo y hermosísimo Señor, Vos subisteis al cielo con gran gloria y triunfo, y estáis sentado a la diestra de vuestro Padre. Pues traedme, ¡oh Rey poderoso!, y llevadme a Vos, para que en la fragancia de vuestros suavísimos unguentos yo corra tras Vos, y llevado y guiado de Vos, no desfallezca. Poned la boca de mi alma sedienta en esas co-

rrientes de la hartura eterna, o, por mejor decir, llevadme a esa fuente de vida, para que yo, conforme a mi capacidad, beba de ella, y con lo que bebiere viva para siempre.

¡Dios mío y vida mía! Vos dijisteis con vuestra bendita y santa boca: *El que tiene sed, venga a Mí y beba*. Pues, ¡oh fuente de vida!, dad gracia a mi alma, que está muerta de sed, para que beba siempre de Vos; para que, según vuestra santa y verdadera promesa, salgan de mis entrañas aguas vivas. ¡Oh fuente de vida!, henchid mi alma con la avenida de vuestros deleites, embriagad mi corazón con la embriaguez sobria de vuestro amor, para que, tomado de este vino, se olvide de todas las cosas vanas y percederas, y se acuerde siempre y se deleite en solo Vos, como está escrito: *Acordéme de Dios y recibí deleite*.

Concededme el Espíritu Santo, que significaban aquellas aguas que Vos prometisteis dar a los que tuviesen sed. Dadme alas para que con todo mi deseo y

todo mi cuidado vuela donde Vos subsistéis después de vuestra santa resurrección, y para que esté con sólo el cuerpo en esta presente miseria, y con el pensamiento y afecto y todo mi corazón donde está mi deseable e incomparable y sobre todas las cosas amable tesoro y todo mi bien. Porque en este grande diluvio, donde somos combatidos de tantas ondas y tempestades, no hay puerto ni lugar eminente y seguro donde la paloma pueda poner el pie para reposar; no se halla segura paz y tranquila quietud, sino guerras y pleitos y enemigos, *peleas de fuera y temores de dentro*.

Y porque estamos compuestos del alma, que es espiritual, y de la carne, que es animal, este cuerpo que se corrompe agrava y tira abajo el alma. Y por esto mi ánimo, que es mi compañero y amigo, cansado del camino, está flaco y caído, y herido y traspasado de las vanidades por donde pasó; está muerto de hambre y de sed, y no tengo qué darle, porque soy pobre y mendigo. Vos, Señor, Dios mío, que sois rico y

abundante de todos los bienes, y repartís con tanta magnificencia los manjares celestiales a los que están sentados a vuestra mesa, dad de comer al cansado, recoged al perdido, curad al herido. Mirad que está a vuestra puerta y llama; abridle por las entrañas de vuestra misericordia, y mandadle que entre a Vos, y que repose en Vos, y que se sustente y coma de Vos, que sois pan celestial, para que harto y satisfecho, y recobradas las fuerzas, suba a lo alto, y desde este valle de lágrimas, con las alas de los santos deseos vuele a vuestra celestial patria.

Tome, Señor, tome mi espíritu las plumas del águila, y vuele y no desfallezca; vuele hasta que llegue a la hermosura de vuestra morada y al palacio real de vuestra gloria, adonde, sentado a la mesa de los ciudadanos del cielo, se apaciente en los pastos divinos y en las corrientes copiosísimas, y repose en Vos, Dios mío, mi corazón; mi corazón, digo, que ahora anda agitado como un mar grande y tempestuoso. Pero Vos,

Señor, que mandasteis a los vientos y al mar que se sosegasen, y al punto se sosegaron, venid y hollad estas ondas de mi corazón, para que se serene y quiete, y se abrace con Vos, que sois solo mi bien; y deshecha la niebla caliginosa de mis desasosegados pensamientos, contemple a Vos, dulce iumbre de mis ojos. Descanse, Dios mío, debajo de vuestra sombra y de vuestras alas mi alma, donde escondida en la frescura de vuestro rostro y libre ya de los ardores y calmas de sus pensamientos y cuidados, cante con alegría y diga: *En la paz del Señor dormiré y reposaré.*

Duerma, Señor Dios mío, yo os suplico, duerma mi memoria a todos los males; aborrezca la maldad y ame la justicia, porque ¿qué cosa puede haber más apacible y más dulce entre las tinieblas y amarguras de esta vida que estar el alma colgada de vuestros pechos y con la boca abierta apetecer y gustar vuestra dulzura, morando con la mente en aquella bienaventuranza que está colmada de gozo y de alegría? Dulcísimo.